

LAS PROFECÍAS IRREALIZADAS SOBRE LAS ESPERANZAS DEL A. T. Y SU VALIDEZ PARA LOS CRISTIANOS

Die unerfüllten Prophezeiungen. (Von den Hoffnungen des Alten Testaments und ihrer Geltung für die Christen), Orientierung 45 (1981) 255-258

Los cristianos sólo recuerdan los textos de los profetas de Israel en el adviento. Entonces sacan del baúl aquellos fragmentos que hablan de la venida del Señor y se preparan con esperanza para la fiesta de Navidad.

Todo esto, ¿no parece un juego? Parece que el cristiano debe pensar que el tiempo de la esperanza habría acabado hace unos 2,000 años con la venida del esperado: Jesús de Nazaret. Las propias autoridades y las de ocupación le habrían asesinado tras 3 años de vida pública. Dios le habría resucitado; con esto el mundo habría cambiado. Tomándose en serio estas afirmaciones centrales, el cristiano ya vive en el tiempo del cumplimiento. Para él, ya ha desaparecido la noche, la oscuridad, el frío. Puede tener recuerdos del tiempo de la espera, pero en realidad ya está en el de la luz y del calor.

Utopías proféticas

Pero no es fácil liberarse de los profetas y las profecías. ¿En verdad ha ocurrido aquello de lo que hablaron los profetas? Ellos no anunciaron simplemente un hijo virginal de Belén, que daría la vista a los ciegos y la voz a los mudos, que luego sería ajusticiado y que -tras su resurrección y ascensión junto al Padre- dejaría el mundo como estaba antes, o quizás peor, una vez extinguida de repente la luz que por breve tiempo había brillado. Ellos hablaron de mucho más que de esta única excepción, de este momento fugaz e irrepetible.

Los profetas creían ver un nuevo mundo. El antiguo desaparecería. El espíritu de Dios, con su fuerza creadora, barrería el caos antiguo. Surgiría una nueva creación. En la sociedad ya no se darían rivalidad ni opresión. Las armas serían transformadas en instrumentos de trabajo. Los jóvenes no serían adiestrados en adelante para la guerra. Padres e hijos estarían unidos. Todo sería felicidad, unidad. Los ancianos pasearían tranquilamente por la tarde. Las pandillas de niños jugarían, Ya nadie instruiría a su prójimo, pues el espíritu del Señor habitaría en todos. Cada persona conocería lo bueno y lo malo para sí mismo y para sus semejantes. La enfermedad sería desterrada. Animales y plantas respirarían libremente. Y todo esto porque los hombres volverían a la belleza de la creación y la justicia luciría.

Pero no nos engañemos ni juguemos con la esperanza humana. Todas estas cosas no han ocurrido. Son utopías proféticas y siguen siendo hoy día utopías.

Resulta paradójico, por otra parte, que dichas utopías proféticas sean el motor de muchas manifestaciones pacifistas, de muchas ocupaciones de casas, etc., mientras los cristianos sólo las utilizan como preparación para el adviento, pensando que ya todo se ha cumplido y que ya nada más se puede desear.

¿Palabras para el "ahora" o imágenes del "más allá"?

Los cristianos, en realidad, consideran dichas profecías como textos peligrosos, contra los que conviene protegerse mediante teorías que aligeren algo la presión que ejercen tales esperanzas.

Esta tendencia, tan antigua, a ponerse a la defensiva, ha producido un conjunto de tales **teorías de aligeramiento**.¹

Dichas teorías actúan a escondidas. Están en uso desde hace siglos. Se han infiltrado profundamente en los espíritus. Desde ahí influyen mucho. Cuando leemos la biblia, ellas dirigen nuestra comprensión seleccionando, transponiendo, coloreando. Leemos, entonces, no lo que está, sino lo que responde a dichas teorías de aligeramiento. Es necesario, pues, que las desenmascaremos de una vez.

En primer lugar se encuentra la teoría de que las promesas de los profetas hacen referencia al más allá. Por "más allá" se entiende lo que viene tras la muerte o tras el final de este mundo. Los profetas, según esta teoría, al anunciar el final de las guerras, habrían hablado de la paz eterna y no de una paz posible dentro de esta historia. Ya Manuel Kant, en su tiempo, volvió a referir la fórmula "la paz eterna" a la tierra y ha esbozado la idea de una alianza de los pueblos que es la que estaría en situación de garantizar la paz eterna en nuestra historia. Pero esto no ha servido de nada; en realidad el uso de las palabras cotidianas, como "lugar de paz" (referida al cementerio), es más fuerte que los discursos de los grandes filósofos. Yo recuerdo un libro de un conocido teólogo del tiempo de mi pubertad en el que se hablaba del más allá. Se usaban muchas citas de los profetas del A.T., especialmente de Isaías. Yo leía dichos textos de esperanza, acriticamente, como imágenes visionarias del más allá. Luego, debido a mi dedicación al estudio del A.T., he podido ir rechazando dicha comprensión de la teoría del más allá y de las promesas proféticas, aunque me ha costado mucho esfuerzo.

Al señalar ahora esta teoría como teoría de aligeramiento, no estoy afirmando que no se dé nada tras la muerte. Jesús ha resucitado y esperamos ser llamados por Dios de la muerte a una nueva vida. Sólo se trata del lugar que ocupan las promesas proféticas. En realidad lo que ocurre es que, ante la falta de correspondencia que existe entre lo que dichas promesas dicen y lo que vivimos aquí y ahora, las desplazamos, evasivamente, de nuestro tiempo al más allá.

Ciertamente dichas promesas proféticas se referían a nuestro mundo. En tiempo de los profetas, la fe de Israel en la acción de Dios en este mundo llevaba a rechazar doctrinas sobre el más allá por oler al culto a los muertos de los egipcios y de otros vecinos y por peligrar la concepción profunda del Dios de Israel surgida de su experiencia creyente. Pero hacia el final del tiempo veterotestamentario se dio un cambio. Los martirios de la época macabea (hacia el 170 a.C.), obra de la injusticia, comenzaron a abrir el campo de visión para la voluntad soberana de Dios hacia más allá de la muerte y de la historia humana. Surgió así lo que nosotros señalamos como **apocalíptica**. Aunque ésta hablaba de final de la historia y de un nuevo tiempo posterior en realidad daba importancia a situar las promesas proféticas todavía en nuestra historia de aquí. Usaba la imagen del reino milenario (entendiendo **mil** de un modo simbólico), el del mesías. En este reino, todavía antes del final, se cumplirán, según esa visión, las antiguas esperanzas. Esto

quiere decir que también en la apocalíptica la antigua promesa en cuestión se relacionaba con nuestra historia terrena.

Esto no ha sido reformado en Jesús de Nazaret y en las primitivas comunidades cristianas. El tiempo del cumplimiento, es verdad, ya ha llegado con Jesús. Tras su muerte, sin embargo, él vuelve a estar presente y ya se han comenzado a cumplir todas las palabras de los profetas. No se debe ver, pues, en el N.T. una religión del más allá en contraposición a la fe de Israel encarnada en esta tierra. Más bien el más allá es entendido como unido y conectado al aquí, así como Jesús es confesado como la cabeza de la iglesia que vive en el mundo.

¿Paz para la sociedad o para el alma?

Pero, ¿cómo es posible esto? Las promesas proféticas referidas al aquí, ¿no deberían comprenderse espiritual e internamente? ¿Son palabras sobre la sociedad humana? ¿No son sueños que aluden al alma, al yo del individuo, a su salvación personal?

Esta es la segunda, y muy peligrosa, teoría de aligeramiento frente a la presión ejercida por la esperanza de realización de las promesas proféticas: la teoría de la interioridad. Apareció muy pronto en la llamada gnosis y ha ido tomando diferentes formas; ahora renace en ciertos movimientos de meditación.

Los textos proféticos pueden ser muy ricos simbólicamente. No es que no tengan nada que ver con la dimensión de lo espiritual e individual. Pero cuando se entienden sólo en estas dimensiones, se convierten en la base de movimientos evasivos.

Las promesas proféticas de paz, por ejemplo, se refieren a una verdadera paz internacional, social, familiar. Las afirmaciones del libro de Isaías sobre un futuro en que las armas serán convertidas en utensilios de trabajo deben ser entendidas literalmente. Y en los casos en que habla imaginativa. mente de la paz mesiánica (lobo junto al cordero, niño jugando con un animal peligroso, etc.), éstas imágenes lo son para la realidad social y no sólo para la espiritual o interior.

Tampoco en Jesús y las comunidades primitivas ha cambiado el sentido de todo lo anterior. Está claro que la paz de los creyentes con Dios y entre sí irradia y llena las almas individuales con una paz interna. Pero raramente se habla en el N.T. de la paz referida al individuo. Casi siempre se dice de un grupo, la comunidad cristiana o la iglesia entera. Esto nos queda confirmado tanto en las cartas de Pablo como en el evangelio de Juan. En este último, las palabras a veces suenan a paz interior del creyente individual. Pero en realidad no es así. En in 14,27 la palabra "paz" parece hacer referencia al propio corazón y no tener nada que ver con el mundo. Pero en Jn 20,19ss se nos muestra qué sentido tiene. Es la paz que viene de la reconciliación, la producida por el Espíritu santo; la posibilidad de recomenzar siempre de nuevo en el interior del círculo de los creyentes. Y es una paz que se da entre la comunidad y Dios en la medida que se dé entre los miembros de la comunidad. Esta paz de la que a menudo habla el mundo es la que dicho mundo no puede producir y, por tanto, tampoco quitar. Entra así en escena, como última consecuencia, la seguridad y la paz de cada corazón. De ahí que Juan diga que no se debe temer ni estar intranquilo; pero esto, ni comunitaria, ni individualmente.

Lo mostrado aquí respecto a la promesa de paz vale también para las demás promesas proféticas. Ni entre los profetas, ni en Jesús y el cristianismo primitivo, dichas promesas se refieren a la pura interioridad. Dicha teoría de la interioridad nació después. Subsiste actualmente y es un modo de quitarnos el peso que nos aplasta cuando relacionamos nuestra pobre realidad con la plenitud radiante de las promesas proféticas.

El lugar de lo religioso

Una variante de la anterior es la **teoría de la privaticidad de la religión**. Se trata de una interpretación equivocada de una especie de **doctrina de los dos reinos** de Lutero. Según dicha teoría, el mensaje bíblico y la promesa profética sólo se referirían a la realidad de lo así llamado religioso y no a la de todo lo humano y social. Por "lo religioso" se entienden realidades como la relación interior con Dios, el sentido moral, la celebración ritual de la fiesta semanal y de los momentos importantes de la vida (nacimiento, matrimonio, etc.). El lugar de lo religioso sería la vida privada, la pequeña familia y la parroquia. Otros espacios sociales (política, ciencia, deporte, etc.) se regirían por otras leyes. Las promesas proféticas, desde Jesús, habrían entrado en el estadio del cumplimiento, pero referidas sólo a la esfera de lo religioso, que no va mucho más allá de lo meramente interior.

Volvamos al ejemplo de la paz. Según esta teoría, la promesa de paz se cumple cuando en el círculo familiar y entre los conocidos se vive con cierta paz. No importa que en la sociedad y en las naciones se den rivalidades, guerras; esto no nos debe inquietar. En realidad no va contra la promesa profética de paz, pues, siempre según esta teoría, su mensaje ya se cumple cuando en la noche de navidad se reúne la familia en una agradable velada llena de paz y bienestar.

Seguimos encontrándonos así ante un mecanismo de aligeramiento, parecido a las teorías del desplazamiento hacia el más allá y de la reducción a la interioridad de las promesas proféticas. Los profetas de Israel, en realidad, no limitaban sus promesas a un círculo privado-religioso; se referían a la totalidad (a la transformación de las armas, al fin de las guerras). Según su mentalidad, por ejemplo, no sería posible para los cristianos una reducción del sermón de la montaña, como a menudo hemos hecho, a la vida privada.

El nuevo mundo ya ha comenzado

Los cristianos nos engañamos. Nos enorgullecemos de los profetas. Decimos que ya ha comenzado el tiempo de la realización de sus palabras. Y, sin embargo, nos dedicamos a amontonar una teoría de aligeramiento sobre otra para ocultar así la contradicción entre pretensión y realidad. ¿No deberíamos reconocer que las utopías proféticas eran sólo utopías, visiones que no son para realizarse sino para despertar y poner en movimiento a los somnolientos seres humanos?

No. En contra está la ruptura de Jesús de Nazaret. En él se han realizado aquellas utopías; y nuestro mundo ha sido cambiado. Tenemos ya un corazón de carne; unos proyectos divinos sobre el hombre grabados en dicho corazón; una tarea encomendada de transformar el mundo; una presencia permanente de la verdad, la bondad, la salud

entre nosotros. Ha comenzado en él lo prometido por los profetas. Y Dios, en la resurrección de Jesús, ha confirmado al asesinado en contra de los asesinos. Esta confirmación garantiza la presencia de personas que sigan anunciando la noticia de la ruptura del mundo viejo, la noticia de que siempre es posible recomenzar hacia, lo nuevo, ya alcanzado una vez por Jesús.

Debemos, pues, los cristianos, anunciar la noticia de Jesús; debemos Insistir en que los profetas tenían razón y que se ha hecho realidad lo prometido por ellos. Pero, ¿cómo insistir?

Nunca acomodando las promesas a nuestras pobres condiciones por medio de teorías de aligeramiento. Tampoco debemos abandonar alguno de estos 3 factores: ni la magnífica plenitud de la esperanza prometida, ni su real realización en Jesús de Nazaret, ni su progresivo cumplimiento en todas las dimensiones de la humanidad y de la historia.

Nos debemos tomar en serio que Dios nunca se salta la libertad humana. El mismo milagro de Jesús de Nazaret fue su actuación libre y plenamente humana, apoyada sin reservas por Dios. Esto mismo es posible para la sociedad y la historia. Pero es esencial la libertad, la alianza libre entre Dios y hombre para que se multiplique ese milagro de Jesús. Y en este sentido la iglesia, como cuerpo de Cristo que continúa viviente socialmente, debe ser el lugar del milagro prometido por los profetas, aunque el resto de la sociedad, que no quiere el milagro, no deje de proyectar su aniquilamiento.

Jesús y la iglesia han recogido lo prometido por los profetas. Pero para esto la iglesia debe aceptar que está llamada por Dios a ir realizando las profecías, también las más corporales y materiales. No debe iluminar sólo el más allá, ni limitarse a las almas o a la vida privada de los creyentes. Esto no sería la palabra completa de los profetas, a la que nosotros tenemos derecho.

Si lo vivimos así, será verdad que en Jesús hace 2.000 años ya se han realizado las promesas proféticas; pero al mismo tiempo también veremos que es necesario recomenzar siempre. Es como el grano de mostaza, la levadura en la masa, el sol que nace en el horizonte oscuro del universo. Ya se ha dado el cumplimiento, y esto lo proclamamos, pero también sigue la esperanza de ver delante la magnificencia de la promesa que llama a más.

Esta es la experiencia cristiana, ésta la validez de las promesas proféticas para los cristianos. Pero con una condición: que no sigamos oscureciendo la palabra de los profetas por medio de nuestros sistemas de aligeramiento y que nos dejemos coger por dicha palabra; una palabra que desde el principio está y que puede ir surgiendo en cada generación como una espléndida flor, como el cumplimiento progresivo de lo pensado por Dios y realizado poco a poco por la iglesia llamada a transformar el mundo.

Notas:

¹El autor usa la palabra Entlastungstheorien, de difícil traducción, En todo caso el sentido es claro: son teorías que intentan quitar algo de fuerza, suavizar, aliviar el peso, aligerar la presión transformadora que pueden ejercer las promesas de los profetas.

Tradujo y extractó: RAFAEL SIVATTE